

LA CAMARA SECRETA

Margaret Oliphant

I

El Castillo Gowrie es uno de los más famosos e interesantes de toda Escocia. En primer lugar es una bella casona, de grandeza feudal, con torretas agrupadas y muros que podrían contener a un ejército. Sus laberintos, sus escaleras ocultas, sus largos y misteriosos pasadizos —pasadizos que en muchos casos parecen no conducir a ningún lado y de los que nadie está muy seguro hacia donde conducen—. El frente, con su elegante entrada flanqueada por dos torres, está hoy en día accedido por una plácida y bella calzada, con doble fila de árboles, como una catedral; y los bosques que circundan estas torres son ricos en follaje pero no muy extensos, como los bosquecillos del sur. Este aspecto es nuevo para el lugar, esto es, nuevo para la centuria del relato, pero no para la historia del castillo, cuya parte más antigua se ha mantenido así desde los días en que los sajones trajeron sus propias artes para solidificar y regular el arte celta que se manifestaba a través de piedras sepulcrales y místicos nudos en sus cruces, antes de los días históricos. Hay en Gowrie reliquias del arte primitivo, tales como algunas marcas rúnicas en ciertos sectores de paredones bien antiguos, sólidos como roca y casi perpetuos. ¡Qué intervalo de siglos hay entre estas y las torretas de agraciado estilo francés! Pero estas poseen un historial lleno de conmovidas crónicas, no siempre descifrables, a través de los diferentes estilos arquitectónicos que posee la casa. Los Condes de Gowrie han estado involucrados en cada conmoción que tuvo lugar en los Highlands por más generaciones de las que una pluma celta pudiera anotar. En rebeliones, venganzas, insurrecciones, conspiraciones y todo derramamiento de sangre o conquista de tierras que haya tenido lugar en Escocia, los Gowrie tuvieron participación; los anales de la casa son muy extensos y no carecen de mancilla. Ellos han sido una raza valiente y vigorosa, con mucha maldad, pero también bondad; por supuesto, huelga decir que hoy en día son remarcables. Desde el ascenso del primer Estuardo, conocido en Escocia como "el Quince", ellos no han hecho muchas cosas para recordar, sin embargo la historia familiar siempre fue del tipo inusual.

Los Randolph no pueden ser llamados excéntricos, por el contrario, cuando uno los conoce son, en el fondo, una raza respetable, llena de virtudes. Empero sus carreras públicas se han visto siempre afectadas por diversas y extrañas vicisitudes, uno podría decir que es una familia impulsiva y caprichosa —ahora usurpando algún visionario adelanto, luego cayendo en alguna salvaje especulación, más tarde haciendo una súbita salida de la vida pública— que cae en la mediocridad por impulsos egoístas e interesados. Pero esto no traería una verdadera concepción de la familia; sus virtudes reales no eran imaginarias y sus rarezas eran un misterio hasta para los amigos. Estas mismas, no obstante, eran aquellas cosas que el mundo general más sabía de los Randolph. El último Conde había sido un Par¹ del Reino de Escocia (no tenían título inglés), lo cual fue un maravilloso comienzo, que por un año o dos pareció ponerlo en una eminente posición de

1 Par: Representativo.

los asuntos de Escocia; pero su ambición le hizo utilizar algunos medios erróneos de conseguir influencia, y cayó en desgracia, una vez y para siempre, del firmamento políticol. Esta fue una muy común circunstancia en la familia. Un comienzo aparentemente brillante, un hallazgo de índole maligna utilizado para fines ambiciosos, una súbita calma y la curiosa conclusión al final de toda esta trama, en que este inescrupuloso especulador o político torpe, se revela como buen hombre, sin ambición, contento, bondadoso y benevolente. Esta peculiaridad hizo que la historia de los Randolph fuera tan extraña y accidentada por raras e inconsistentes interrupciones. No obstante, había otra circunstancia que les atraía más curiosidad y observación del público. Aquellos que apreciaban el carácter recóndito de la familia, se interesaron mucho en un secreto familiar, y la casa de los Randolph poseía uno perfecto. Era un misterio que incitaba la imaginación y atraía el interés del país entero. La historia era que en algún lugar entre los enormes muros y tortuosos pasadizos del Castillo Gowrie, había una cámara secreta. Todos sabían acerca de su existencia, pero salvo el Conde, su heredero, y alguna otra persona más, no de la familia sino a su servicio confidencial, ningún otro mortal conocía la exacta ubicación de este misterioso lugar. Incontables habían sido las conjeturas y se inventaron recursos de todo tipo para hallarlo. Cada visitante que ingresaba por la vieja entrada, y más aún, los eventuales viajeros que divisaban las torretas desde el camino, buscaban ansiosamente por rastros de esta misteriosa cámara. Pero todas las conjeturas y búsquedas eran en vano.

Estaba por decir que no he escuchado otra historia de fantasmas que haya sido tan progresivamente creída. Pero esto sería un error, dado que nadie sabía bien si ciertamente había un fantasma conectado con esta historia. Una cámara secreta no era nada maravilloso en una casa antigua. No había duda que estas existían en un sinnúmero de viejos castillos, y que siempre eran objeto de interés y curiosidad. Eran como extrañas reliquias, más emocionantes que cualquier historia, de un tiempo en que el hombre no estaba a salvo en su propia casa, y en que necesitaba estar en un refugio, seguro de espías y traidores. Tal refugio era una necesidad vital en la vida de un gran noble medieval. La particularidad de esta casa, sin embargo, era un secreto relacionado con la misma existencia de la familia; no era únicamente el refugio secreto en caso de emergencia, sino que había algo que era mantenido oculto y de lo que la familia no estaba para nada orgullosa. Es maravilloso la facilidad con que una familia se jacta de sí misma ante cualquier posesión distintiva. Un fantasma es un signo de importancia, algo para nada menospreciable; un cuarto encantado vale tanto como una pequeña granja para la complacencia de la familia que lo posee. Y sin duda que las ramas jóvenes de la familia Gowrie —la parte menos pensante del clan— sentía de esa manera, y se enorgullecían de su insondable misterio, sintiendo un agradable temor cada vez que recordaban ese secreto que ellos no conocían de su propia casa. Esa misma emoción corría a través de todo el círculo de visitantes, niños y sirvientes, cada vez que el Conde prohibía terminantemente una refacción o suspendía alguna temeraria exploración. Ellos se miraban unos a otros y se estremecían placenteramente: "¿Escuchaste eso?" se decían, "no dejará que Lady Gowrie haga su guardarropa donde ella lo desea, en ese sector del muro. Él echó a los obreros

antes que pudieran tocarlo, aunque el muro tiene veinte pies", decían los visitantes entre sí, y esta vivaz sugestión los excitaba hasta que les daba comezón en los dedos; pero ni a su esposa, afligida por el cómodo guardarropa que había intentado, el Conde podía ofrecer una explicación coherente. Para ella podía ser a causa de que la funesta cámara se hallaría cerca de su habitación. Y podía ser que esta sugestión trajera a sus venas alguna emoción o rareza, quizás muy vívida para ser disfrutada. Pero ella no estaba en el grupo de personas favorecido o desafortunado al que la verdad se le podía revelar.

No necesito decir que había diferentes teorías sobre el asunto. Algunos pensaron que hubo una masacre traicionera, y que la cámara secreta fue bloqueada por los esqueletos de los invitados asesinados. Esta traición sin duda cubrió de vergüenza a la familia en su época, pero con el transcurso de los años, le fue condonada, tal como las demás manchas que tocaron a la familia. Los Randolph nunca sintieron su carácter afectado por ningún registro histórico. Ellos no eran tan mórbidamente sensibles. Otros dijeron que el Conde Robert, el Siniestro Robert, había sido encerrado como castigo perpetuo en la cámara, jugándose el alma a los naipes con el Diablo. Pero habría sido un mérito bastante importante haber tenido al Diablo, o a alguno de sus ángeles caídos, ahí embotellados. ¡Qué cosa sería saber que donde uno duerme está el Príncipe de las Tinieblas!

Esta no fue una solución satisfactoria, y tampoco fue sugerida otra que fuera más convincente. El vulgo ya lo asignó; y aún cada uno que visita Gowrie, sea como invitado, como turista o simplemente como fisgón desde el exterior de la gran entrada o hasta el ferrocarril, desde el que se divisan sus torretas a la distancia, se toma su momento de curiosidad, admiración y conjetura sobre la cámara secreta, la más preciada y misteriosa intriga que se ha mantenido indescifrable hasta nuestros tiempos.

Así es como estaba el asunto cuando el joven John Randolph, Lord Lindores, cumplió su mayoría de edad. Era un joven de gran carácter y energía, no la usual y violenta de los Randolph, cuyo típico carácter, como se ha dicho de esta familia, no obstante los incidentes comunes a ellos, era de gran honestidad y también ingenuidad. Pero el joven Lindores no era así. Él era honesto y honorable, pero no tonto. Había asistido a un curso escolar y a la Universidad, no quizás la clase usual de escolaridad, pero suficiente como para atraer las miradas de sus compañeros en especial a través de más de un gran discurso que había tenido ocasión de dar. Estaba lleno de ambiciones, fuerza y vida, intentando toda clase de proezas y tratando de labrarse una posición en todo lo que fuera excelente en la vida pública. La existencia noble y la vida familiar no eran para él. La idea de continuar portando los honores de la familia, y convertirse en un Par del Reino, le llenaba de horror. Cada vez que rezaba, invertía todas las energías personales y filiales para que su padre viva, si no por siempre, más de lo que cualquier Lord Gowrie hubiera vivido por los últimos siglos. Estaba tan seguro de su deseo como nadie jamás de algo; y en el lapso se propuso viajar, ir a América, ir a donde nadie fue, buscando conocimiento y experiencia, tal y como cualquier joven con tendencias parlamentarias hoy en día. En otros tiempos, hubiera ido a guerrear a Alemania o a una Cruzada, en Tierra Santa. Pero los días de

Guerras y Cruzadas habían pasado, y Lindores seguía las modas de su época. Había realizado todos los preparativos para su viaje, al que su padre no se oponía. Por el contrario, Lord Gowrie alentaba esos planes con un aire de melancólica indulgencia que su hijo no podía entender. "Te hará bien," decía, con un suspiro. "Sí, sí, mi hijo; es lo mejor para tí." Esto, sin duda era bastante cierto, pero implicaba un sentimiento de que el joven necesitaba algo que le hiciera bien, como quisiera arrojarle al cambio de la gratificación de sus deseos, como uno puede hablar con un convalesciente o de la víctima de alguna calamidad. Ese tono confundía a Lindores, que pensaba que un viaje le serviría para adquirir información, y desdeñaba sin embargo la idea de hacerse tan bueno como es natural de cualquier estudiante de Oxford y triunfar en la Unión. Pero él reflexionaba que la vieja escuela tenía sus propias normas y eso le satisfacía. Todo estaba listo para el viaje, pero antes vendrían la ceremonia de la mayoría de edad, la cena de los arrendatarios, los discursos, los agradecimientos, el banquete de su padre y el baile de su madre. Era verano, y todo el Condado estaba feliz con todas estas diversiones en su honor. Su amigo, que iba a acompañarlo en el viaje —y a quien quien había acompañado a lo largo de gran parte de su vida—, Almeric Ffarrington, un joven de similares aspiraciones, llegó a Escocia para tales festividades. Ambos tomaron el ferrocarril nocturno. En el intervalo entre dos siestas, tuvieron una charla sobre el festejo de su cumpleaños. "Será aburrido, pero no durará mucho," dijo Lindores. Ambos eran de la opinión que todo aquello que no produjera información o promoviera cultura, era aburrido.

"¿Pero no se te hará una revelación, entre otras muchas cosas?" preguntó Ffarrington. "¿No se te dirá lo de la Cámara Secreta y ese tipo de cosas? Me gustaría estar allí, Lindores."

"Ah," dijo el heredero, "había olvidado eso," lo que, sin embargo, no era verdadero. "Aún no se bien si me lo dirán. Todos los dogmas familiares están trastocados hoy en día."

"Oh, debería insistir en ello," dijo Ffarrington, suavemente, "no hay muchos que puedan darse tal gusto, mejor que Daniel Home² y todos los médiums, debo insistir en el asunto."

"No tengo razones para suponer que haya alguna conexión con Home o con los médiums," dijo Lindores, ligeramente irritado. Era una «Esprit Fort», pero un misterio en la propia familia no era un misterio vulgar, y le gustaba que fuera respetado.

"Oh, sin ofender" dijo su compañero. "Siempre pensé que un viaje en tren era una gran chance para los espíritus. Si uno se mostrara de repente en ese asiento vacío, a tu lado, ¡qué triunfante prueba de su existencia! Pero ellos no aprovechan tales oportunidades."

2 Daniel Home: Se refiere a Daniel Dunglas Home, conocido médium del siglo XIX.

Lindores no podría decir qué fue lo que le hizo pensar en ese momento en un retrato que había visto en un cuarto trasero, en el castillo, del Viejo Conde Robert, el conde siniestro. Era un mal retrato, pintarrajeado, una copia realizada por un amateur del retrato genuino, el que, para horror del Conde Robert y su malvado legado, había sido retirado de su lugar en la galería por algún Lord intermedio. Lindores jamás había visto el original, tan solo esa mala copia. Sin embargo, algo de su rostro se le venía a la mente, quizás por alguna extraña asociación, mientras su amigo hablaba. Un leve temblor lo estremeció. Fue extraño. No le replicó a Ffarrington, pero se puso a pensar como pudo ser que esa presencia latente en su mente, se hiciera real ante la sugestión de su amigo, y el recuerdo del conocido hechicero de la familia le viniera a la memoria. Esta frase está llena de palabras largas, pero, desafortunadamente estas son requeridas para describir la situación. El proceso fue, en cambio, muy simple. Fue un claro caso de pensamiento inconciente. Cerró sus ojos como para asegurar su privacidad mientras lo pensaba; y viéndose cansado, y no tan alarmado por su actividad inconciente, antes de poder abrirlos de nuevo, se quedó dormido.

Y el cumpleaños, que fue al día siguiente de su arribo a Glen Lyon, fue un día muy ajetreado. No tuvo tiempo para pensar en otra cosa que no fuera la inmediata ocupación del momento. Agradecimientos públicos y privados, congratulaciones, ofrendas, todas vertidas en él. Los Gowries eran muy populares en su generación, lo cual no era usual en la familia. Lady Gowrie era benevolente y generosa, con una generosidad de corazón y con una bondad suficiente como para impresionar el juicio popular. Lord Gowrie tenía, a su vez, poca de la equívoca reputación de sus ancestros. Siempre estaban espléndidos en las grandes ocasiones, las que en general ocurrían en casa; todo eso simpatizaba al público. Sería un aburrimiento, decía Lindores; pero ciertamente el joven no distinguía los honores de las adulaciones y las palabras sinceras de meros buenos deseos. Es muy dulce para un joven sentirse el centro de todas las esperanzas. Y a él le parecía muy razonable, muy natural, que así fuera, dado que todos los granjeros sentirían un orgullo similar pensando en sus futuros discursos en el Parlamento. Él les prometió con la más sincera buena fe que no los defraudaría, que sentía tal interés en aquellos como un estímulo adicional. ¿Qué más natural que esos intereses y esas expectativas? Él casi había solemnizado su propia posición; tan joven, en el centro de las miradas de tanta gente, tantas esperanzas en él; era lo más natural. Su padre estaba más solemnizado, lo cuál era muy extraño. Su semblante se ponía más grave a cada momento, hasta que al final parecía como que estaba en desacuerdo con la popularidad de su hijo o bien que tuviera algún mal pensamiento en su cabeza. Estuvo inquieto y ansioso por el final de la cena, y por deshacerse de sus invitados. Con el retiro del último se mostró igual de ansioso para que su hijo se retirara también. "Hijo, ve a la cama, como un favor hacia mí," dijo Lord Gowrie. "Mañana tendrás un fatigoso día." "No necesitas temer tanto por mí, Señor," dijo Lindores, un poco afrentado; pero como estaba cansado, obedeció. No había pensado en el secreto que se le iba a revelar en ningún momento del día. Pero cuando despertó sobresaltado en el medio de la noche, viendo todas las luces de su recámara encendidas y a su padre a su lado, Lindores recordó el asunto; y en un momento pensó que el principal envento (el más importante de todos

los que hasta ahora habían tenido lugar) estaba a punto de llevarse a cabo.

II

Lord Gowrie estaba muy serio y pálido. Tenía su mano en el hombro de su hijo para despertarlo; no había mudado sus ropas desde el momento en que se despidieron. La vista de sus atuendos dejó azorado al joven cuando se levantó. Pero al siguiente momento, pareció darse cuenta de todo. En cualquier otro momento, en cualquier otro lugar, un hombre se habría asustado de ser despertado súbitamente en la mitad de la noche. Pero Lindores no tenía tal sensación; no hizo ni una pregunta. Solo se levantó con los ojos siempre fijos en el rostro de su padre.

"Arriba, mi muchacho," dijo Lord Gowrie, "y vístete lo más rápido posible; es la hora señalada. He encendido todas las velas y tus cosas están listas. Ya has dormido bastante."

Siguió sin formular la pregunta '¿qué era esto?' que, bajo otras circunstancias hubiera hecho. Se levantó sin decir nada, con un impulso de nerviosa velocidad y rapidez de movimientos que solo la excitación puede provocar, y se vistió. Su padre le ayudó en silencio. Era una escena curiosa: el cuarto completamente iluminado, el silencio, la apresurada vestimenta, la profunda quietud de la noche. La casa, aún con los ecos de la festividad recién celebrada, estaba tan calma como si no hubiese ser viviente en ella.

Lord Gowrie feu a la mesa cuando cumplieron el primer paso, y sirvió un vaso de vino de una botella que estaba allí, un perfumado vino dorado que esparcía su aroma a través de la estancia. "Necesitarás todas tus fuerzas," dijo; "bebe esto antes de ir. Es el famoso Tokay Imperial; queda solo un poco pero te dará grandes fuerzas."

Lindores tomó el vino; nunca antes había bebido algo así, y la particular fragancia permaneció en su paladar, tal como los perfumes. Los ojos de su padre se posaron en él como con simpatía y melancolía. "Estás por afrontar el desafío más grande de tu vida," dijo; y tomando de la mano a su hijo, prosiguió: "será rápido, pero también duro, y tu ya has dormido algo." Entonces hizo lo que hacen los ingleses para darse fuerza, besó a su hijo en la mejilla. "¡Dios te bendiga!" dijo, vacilando. "Vamos, todo está listo, Lindores."

Tomó en su mano una pequeña lámpara que había traído consigo y le guió el camino. En ese momento Lindores comenzó a tomar conciencia de su superioridad y condiciones. El simple sentido de que era miembro de una familia con un misterio, y que había llegado el momento de su encuentro personal con ese poder especial, lo había emocionado, pero ahora lo agobiaba. Y ahora seguía a su padre, y comenzaba a recordar que no era en todo como otros hombres; que estaba en él arrojar algo de luz en este secreto cuidadosamente ocultado. ¿Qué misterio podría haber allí, algún secreto hereditario de fuerza psíquica o de confrontación mental, o alguna curiosa combinación de circunstancias

más o menos potentes que estas? Aunó todas sus fuerzas todas sus fuerzas, recordó toda su instrucción, y templó sus nervios como el acero, preparándolos para tod vulgar horror. Se alistó para pasar la noche entre los esqueletos de una masacre olvidada por el tiempo, para arrepentirse de los pecados de sus ancestros, y para ser persuadido por alguna ilusión óptica creída hasta ahora por todas las generaciones, que sin duda tendría un carácter espantoso. Su corazón y espíritu se alzaron. Un joven raramente tenía oportunidad de demostrar distinción y valor; esta chance les presenta a muy pocos. No tenía dudas que la experiencia sería extremadamente exasperante para sus nervios e imaginación. Por ello convocó a todas sus fuerzas en pos de vencerlas, y junto con este llamado, también tuvo un impulso de curiosidad: finalmente conocería la verdad acerca de la Cámara Secreta, donde estaba y como se ocultaba entre los laberintos del castillo. Esto le pareció algo verdaderamente interesante. Se había dicho a sí mismo que debería haber emprendido una exploración, y que, en otras circunstancias, una cámara secreta con algún impensable objeto histórico, habría sido un muy fascinante descubrimiento. Trató de verse excitado por tal hecho; pero era curioso que no tenía interés real a pesar de los esfuerzos que hacía para sentir curiosidad. El hecho era que la Cámara Secreta tenía una importancia secundaria. Su principal pensamiento era sobre sí mismo.

No debe suponerse, sin embargo, que padre e hijo habían tenido un largo camino como para dar lugar a estos pensamientos. Los pensamientos viajan a la velocidad de la luz, y había tenido abundante espacio para pensar en el tiempo en que salieron de la recámara de Lindores al pasillo y luego caminaron hasta la habitación de Lord Gowrie, naturalmente una de las más importantes de la casa. Frente a la misma había un pequeño y descuidado cuarto destinado a la leña, que había sido familiar a Lindores durante toda su vida. El motivo de porque ese nido de basura, polvo y telarañas estaba tan cercano al centro de la casa había sido tema de sorpresa para los invitados que lo notaban en sus exploraciones o para cada nuevo siervo, que planteó limpiarlo ante la negligencia de sus antecesores. Por supuesto, todas estas tentativas de ataque habían sido resistidas, nadie sabía porque y no valía la pena preguntar.

Lindores había utilizado el lugar desde niño para sus juegos y lo aceptaba así como estaba, como la cosa más natural del mundo. Había entrado y salido de él un centenar de veces, y había sido allí donde había visto el mal retrato del Conde Robert, que tan curiosamente había venido a su mente durante el viaje, a través de un proceso mental que él había identificado como pensamiento inconciente. Lo primero que sintió cuando su padre abrió la puerta de ese cuarto fue una mezcla de sorpresa y gracia. ¿Qué iba a buscar allí? ¿Algún viejo pentáculo, un amuleto o algún trozo de anticuada magia para usar como armadura contra el maligno? Pero Lord Gowrie, habiendo entrado y apoyado la lámpara en la mesa, se volvió hacia su hijo con una expresión de agitación y dolor que barrió con toda posible diversión. Lo tomó de la mano, estrujándola con la propia. "Ahora, hijo mío, mi querido muchacho," dijo, en un tono apenas audible. Su semblante desbordaba dolor, el dolor de un espectador, aquel que no correrá ningún peligro personal, pero que será testigo del mortal riesgo que correrá un tercero. Él era un hombre poderoso, y su gran

humanidad se estremecía por la emoción; grandes gotas de humedad recorrían su frente. Una vieja espada con una empuñadura en cruz, yacía sobre una silla junto con otras reliquias llenas de polvo. "Tómala," dijo, en el mismo inaudible tono; pero Lindores no podía discernir si la espada le serviría como un arma o como símbolo religioso. La tomó mecánicamente. Su padre empujó una puerta que a Lindores le pareció como que jamás la había visto antes, y se vio una cámara abovedada. Aquí pareció que el don del habla abandonó a Lord Gowrie, ya que se convirtió en un ronco murmullo. Le indicó a su hijo otra puerta, en el extremo opuesto de esa pequeña habitación. A través de una seña, le dio a entender que tenía que golpear ahí y luego regresar al cuarto de la leña. La puerta quedó abierta y un débil resplandor de la lámpara iluminó parte de ese lugar intermedio. A pesar de sus ideas anteriores, Lindores comenzó a notar el fuerte latido de su corazón. Hizo una jadeante pausa y miró a su alrededor. Tenía la espada en la mano, sin saber lo que le esperaba. Entonces, aunando todo su coraje, se adelantó y golpeó la puerta cerrada. Su golpe no fue muy fuerte, pero alcanzó para hacer eco en toda la casa. ¿Podría ser que alguien escuchara y se levantara para ver que ocurría? Este capricho de la imaginación lo embargó, desalojando sus firmes convicciones, y la resuelta calma con la que quería resolver el misterio. ¿Levantaría a toda la casa antes que la puerta se abra? ¿Cómo tardaba su apertura! Volvió a tocar. Esta vez no hubo dilación. Repentinamente, como si fuera abierta desde el interior, la puerta se movió. Se abrió tan solo lo suficiente como para permitirle entrar, deteniéndose a la mitad de su camino, como si una mano invisible la contuviera. Lindores se paró en el umbral con el corazón que se le salía del pecho. ¿Qué estaba por ver? ¿Los esqueletos de las víctimas asesinadas? ¿Otra habitación llena de los rastros de un crimen? ¿En dónde se estaba metiendo? ¿Qué vería?

No vio nada, excepto lo que era posible por la débil iluminación: un cuarto anticuado, con vieja tapicería, de viejo diseño, colores despintados por el tiempo. Entre los pliegues había paneles de madera tallada de formas rústicas y rastros dorados, ya bastante raídos. Y una mesa, cubierta con extraños instrumentos, pergaminos, tubos químicos y curiosas maquinarias, de formas pintorescas y materiales que acusaban gran edad. Un tapete de terciopelo de vieja data, pesado y grueso, con bordaduras cuyos colores ya se habían borrado, cubría la mesa; frente a la misma, sobre una pared, algo que parecía un viejo espejo veneciano, con el cristal tan oscurecido y encostrado que a duras penas reflejaba algo; sobre el piso había una antigua alfombra persa, de una vaga mezcla de todos los colores. Eso fue todo lo que vio. Su corazón, que hasta un rato, le latía tan fuerte como para sofocarlo, se fue refrenando ante tal escena; y finalmente se calmó. Todo estaba quieto, en penumbra, vacío. No había lámparas ni fuego visible, y sin embargo había una extraña luminosidad que le hacía ver todo con gran claridad. Miró a su alrededor tratando de reír de sus terrores, de decirse a sí mismo que era el lugar más curioso que hubiera visitado jamás (tenía que mostrarle a Ffarrington esos tapices), hasta que se dio cuenta repentinamente que se había cerrado aquella puerta por la que había entrado. Pero no más que cerrada, había sido, de manera no discernible, cubierta, tal y como el resto de las paredes, por esos extraños tapices. En ese punto su corazón reinició el golpeteo anterior. Volvió a mirar una vez más a su alrededor y, con un supremo susto, vio un ser. ¿Habían

sido sus ojos incapaces de percibirlo al entrar? ¿Vacía? ¿Quién estaba en la gran silla?

Lindores había creído ver a su ingreso en la cámara que la silla estaba vacía. Pero ahora, inconfundiblemente, encima de la silla había un hombre, que lo miró como inspeccionándolo. El corazón del joven estaba que se le salía por la garganta, pero él era bravo e hizo un esfuerzo supremo para romper el hechizo. Intentó hablar pero la voz no llegó a su garganta, y sus labios no se abrieron para articular palabras. "Veo como es," era lo que quería decir. Era el rostro del Conde Robert el que lo miraba; y, asustado como estaba, apeló a su filosofía para soportar la situación. ¿Qué otra cosa podía ser aquello, más que una ilusión óptica, un pensamiento inconciente, una aprehensión oculta por la impresión de este semblante? Pero su estado convulsivo no le permitía emitir palabras y sus labios estaban secos y su voz sofocada.

La aparición sonrió, como si leyera sus pensamientos, no de manera perversa, tampoco benévolamente, sino con cierta gracia mezclada con desdén. En ese momento habló, y su voz se difundió por el cuarto. Su timbre era algo que Lindores jamás había escuchado antes, como el susurro del aire o el movimiento del mar. "Sabrás todo esta noche: este no es un fantasma de tu mente, soy yo."

"En el nombre de Dios," gritó el joven en su alma; no sabía bien si había pronunciado tales palabras o si habían sonado en el aire, si es que había algún aire, "en el nombre de Dios, ¿quién es usted?"

La figura se irguió como si fuera a replicar, y Lindores doblegado por el aparente acercamiento, rompió en una palabra, un grito provino de su boca (esta vez lo escuchó) y sintió el tormento hasta sus extremidades. Pero no se acobardó, se mantuvo de pie y concentró todas sus fuerzas, nunca había retrocedido ni reulado. Vagamente surgió en su mente la creencia que esta era la experiencia más deseada en la tierra, el punto final de cientos de preguntas; pero sus facultades no podían distenderse mucho. Solo atinó a permanecer firme. Eso era todo.

Y la figura no se aproximó; luego de un momento se volvió a sentar, sin realizar el menor sonido (ni siquiera el más inaudible acompañaba sus movimientos). Tenía la forma de un hombre de mediana edad, el cabello blanco y la barba gris, sus rasgos como los del cuadro (un rostro familiar, más o menos como todos los Randolph, pero con un aire de dominación y poder raro en los de su estirpe). Estaba ataviado con un largo manto de color oscuro, bordado con extrañas líneas y ángulos. No tenía nada terrible o pavoroso (excepto su ausencia total de sonidos, la absoluta calma, su quietud permanente), pero aún así mantenía temblando a su expectador. Su expresión estaba llena de dignidad y consideración y no era maligna o siniestra. Podía haber sido el buen patriarca de la casa, mirando sus fortunas desde el aislamiento que él había elegido. El pulso que venía machacando el pecho de Lindores se calmó. ¿Por qué había entrado en pánico? Se sintió ridículo, parado ahí como uno de esos absurdos héroes de romance anticuado,

sosteniendo una espada polvorienta, inútil, seguramente, contra este viejo y noble hechicero.

"Estás en lo cierto," dijo la voz, una vez más leyendo su mente; "¿Qué podrías hacerme con esa espada, joven Lindores? Enváinala. ¿Por qué mis chicos me tratan como a un enemigo? Eres mi carne y mi sangre. Dame tu mano.

Un frío recorrió la osamenta del joven. La mano que le había tendido era grande, bien formada y blanca, con una línea recta a través de la palma (una señal familiar de la que los Randolph se enorgullecían). El rostro sonrió tras esta amigable mano, fijando con esa calma unos profundos ojos azules. "Ven," dijo la voz. Él estaba calmado y sosegado. Espíritu o no espíritu, ¿por qué rechazar su cortesía? ¿Qué daño podía hacerle? La principal razón que lo retenía era la vieja espada, pesada e inútil, que él sostenía mecánicamente. Un sentimiento interno (no podía precisar cuál) lo detenía de arrojarla. ¿Era por superstición?

"Sí, es superstición," dijo su ancestro, serenamente. "Déjala y ven."

"Usted conoce mis pensamientos," dijo Lindores; "no hablé."

"Tu mente habla, y habla justamente. Deposita este emblema de fuerza bruta y superstición. Aquí hay una inteligencia que es superior. Ven."

Lindores se quedó dubitativo. Estaba calmo; el poder de la reflexión le había regresado. Si este benevolente y venerable patriarca era lo que aparentaba, ¿por qué el terror de su padre? ¿Cuál sería el secreto que ocultaba? Su propia mente, a pesar de estar calmada, no parecía estar actuando de manera normal. Los pensamientos parecían acudirle a través de un viento. Uno de estos le surgió de repente.

"Como se veía en el rostro
Era un ángel bello y brillante
Pero lo sabía, era un monstruo."

Estas palabras no habían terminado cuando el Conde Robert replicó con impaciencia: "Los monstruos vienen de la imaginación de la gente; como los ángeles y otras fantasías. Soy tu padre, y me conoces; y tú eres mío, Lindores. Tengo un poder que va más allá de tu comprensión. Pero necesito carne y sangre, para reinar y disfrutar. ¡Ven Lindores!"

Le ofreció su otra mano. La acción, su aspecto, eran de benevolencia, casi vehemencia, el rostro era familiar y la voz era la de la estirpe. ¡Sobrenatural! ¿Era sobrenatural que este hombre viviera a través de generaciones allí encerrado? ¿Y por qué? ¿Cómo? ¿Había explicación para aquello? El joven comenzó a devanarse el seso; él no podía saber que fuera real, si aquello que había dejado atrás, hacía ya tiempo, o esto. Trató

de mirar a su alrededor, pero no pudo, sus ojos estaban atrapados por aquellos, que parecían dilatarse y profundizarse cada vez que los miraba más y más, y que le provocaban una extraña compulsión. Se sentía a sí mismo abandonado, lentamente aproximándose hacia el extraño ser que lo invitaba. ¿Qué podía pasar si cedía? Y no se podía volver, no podía dejar de observar esos fascinadores ojos. Con un súbito y raro impulso, mitad desconsuelo y mitad azoramiento, echó adelante el mango en cruz de la vieja espada y la interpuso entre él y aquellas apelantes manos. "¡En el nombre de Dios!", dijo.

Lindores nunca supo si fue que él mismo se debilitó, y la negrura del desmayo le oscureció los ojos, luego de su emocional esfuerzo, o bien si fue que funcionó su contrahechizo. La cuestión fue que hubo un cambio instantáneo. Todo pareció deslizarse en ese momento y sufrió una ceguera y vahido momentáneos, alcanzando a percibir nada más que el vago contorno de la cámara, vacía tal y como estaba al principio, cuando entró. Pero gradualmente regresó su conciencia, y se vio a sí mismo poco a poco, como en un sueño, fue reconociendo la misma figura, como emergiendo entre la niebla que (¿estaba sólo en sus ojos?) había envuelto por un instante todo lo que le rodeaba. Pero ya no estaba en la misma actitud. Las manos que antes le había extendido amigablemente, ahora estaban sobre la mesa con algunos extraños instrumentos, ora en acción de escribir, ora en la de mover las teclas de algo parecido a un telégrafo. Lindores sintió que estaba confundido, pero él era un ser humano de su siglo. Pensó sobre un telégrafo con una sutil sensación de curiosidad, entre otras más vívidas. ¿Qué tipo de comunicación era aquella que se desarrollaba frente a sus ojos? El hechicero seguía trabajando. Había vuelto su cara hacia su víctima, pero sus manos continuaban moviéndose con incesante actividad. Y Lindores, ya acostumbrado a su posición, comenzó a perder la paciencia, a sentirse como un actor abandonado en busca de público. La espera se le hacía intolerante y la impaciencia lo embargaba. ¿Qué circunstancias podían darse para que un ser humano no sintiera impaciencia? Hizo muchos esfuerzos para hablar, hasta que al final tuvo la idea que su cuerpo tenía más miedo que él mismo. Sus músculos estaban contraídos, su garganta cerrada, su lengua se negaba a cumplir con su oficio. Sin embargo, su mente no se veía afectada y permanecía lúcida. Al final logró articular sus pensamientos.

"¿Quién es usted," preguntó con tono gutural, "usted que vive a quí y oprime esta casa?"

La visión elevó su mirada, con la sombra de una sonrisa burlona dibujada en ella. "¿No me recuerdas," dijo, "durante tu viaje hasta aquí?"

"Eso fue una ilusión." El joven jadeó por aliento.

"Tanto como tú eres una ilusión. Tu has vivido tan solo veintiún años, y yo... por siglos."

"¿Cómo? Por siglos... ¿Por qué? Contésteme, ¿es usted hombre o demonio?" gritó Lindores, casi expulsando las palabras fuera de su garganta. "¿Está vivo o muerto?"

El hechicero lo miró con aquella intensa expresión de antes. "Ven a mi lado y conocerás todo Lindores. Quiero uno de mi propia estirpe. Otros han tenido en plenitud; pero te quiero a tí. ¡Un Randolph, un Randolph! ¡Tú! ¡Muerto! ¿Parezco muerto? Tendrás más de lo que alguna vez soñaste, si tu vienes a mí lado."

"¿Podía él dar lo que no tenía?" Fue el pensamiento que cruzó la mente de Lindores. Pero no podía hablar. Algo le atenazaba y sofocaba la garganta.

"¿Puedo darte lo que no tengo? Yo tengo todo, poder, lo único que vale tener, y tu tendrás más que poder, ya que eres joven, ¡mi hijo Lindores!"

Este argumento le dio fuerza para debatir. "¿Esto es vida," dijo, "aquí? ¿De qué vale su poder, aquí? ¿Para estar sentado por generaciones y hacer infeliz a una familia?"

Una convulsión momentánea surcó el rostro inmóvil. "Tú me menosprecias," gritó, con gran fuerza, "ya que no comprendes como nuevo el mundo. ¡Poder! Es más de lo que fantasía alguna puede comprender. ¡Y tu lo tendrás!" dijo el hechicero, mostrando aparente entusiasmo. Pareció como si se acercara, si aumentara de tamaño. Puso delante sus manos, y esta vez se acercaron tanto que parecía imposible escapar. Y una andanada de deseos parecieron surgir en la mente de Lindores. ¿Qué hay de malo con intentarlo? Intentar aquello, que tal vez no fuera más que una ilusión más, vano espectáculo, no causaría ningún daño; o quizás sea el conocimiento de tener poder. ¡Intenta, intenta, intenta! El aire le zumbaba en su alrededor. El cuarto se llenó de estas voces que lo urgían. Su cuerpo se llenó de gran excitación; sus venas parecieron hincharse hasta casi explotar, sus labios se estaba posicionando para emitir un sí, pero él se estaba estremeciendo. El siseo de la 's' parecía entrar en su oído. Pero lo cambió por el nombre que funcionaba como contrahechizo, y gritó: "¡Ayúdame, Dios!" no sabiendo bien porque.

Hubo entonces otra pausa. Sintió como si hubiera caído de algún lado. Nuevamente todo se desvaneció a su lado, y no pudo reconocer en que lugar estaba. ¿Habría podido escapar? Fue la primera pregunta conciente que surgió en su mente. Pero antes que pudiera pensarlo dos veces, nuevamente estaba en el mismo punto, rodeado por los viejos tapices y los paneles tallados, pero ahora estaba solo. Sintió también que era capaz de moverse, pero la más extraña conciencia dual le siguió durante el resto de su prueba. Su cuerpo se sentía como un caballo asustado se sentiría de un viajero por la noche: una cosa separada de él, más asustado de lo que su mente estaba; sobresaltándose a cada paso, como percibiendo cosas que su cerebro no podía. Sus extremidades temblaban de terror, casi negándose a obedecer los mandatos de su voluntad. Su cabello estaba todo erizado, sus dedos tiritaban, sus labios y globos oculares se movían con nerviosa agitación. Pero su mente era fuerte, y se estimulaba con una desesperada calma. Cruzó la habitación y pasó

por el mismo lugar en donde había estado el hechicero. Pero todo estaba vacío, en silencio. ¿Había vencido al enemigo? Este pensamiento surgió en su mente con una sensación de triunfo. La vieja fuerza de ánimo se vio restablecida. Quizás todo había sido producto de la imaginación o de la excitación, o fuera una mera ilusión.

Lindores miró repentinamente, por una súbita atracción que no pudo explicar, y la sangre se le heló en las venas, que antes habían estado tan candentes. Alguien lo estaba mirando desde el espejo en la pared. Era un rostro inhumano y vivo, como el del habitante del lugar, pero fantasmagórico y terrible, como el de un muerto; y mientras miraba, una multitud de rostros se amontonaron detrás suyo, arriba y abajo, todos con la vista fija en él, algunos con mirada triste, como de luto, otros con aspecto amenazante. El espejo no cambió, pero dentro de un pequeño y oscurecido espacio parecía haberse congregado una innumerable compañía, todos con la vista clavada en él. Sus labios se curvaron como en una expresión de horror. ¡Más y más y más! Él estaba parado cerca de la mesa cuando se produjo la llegada de la multitud. En ese momento, todos le tendieron una gélida mano. Retrocedió, pero a su lado, casi frotándolo con su manto, tomándolo del brazo, apareció el Conde Robert en su gran silla. Un alarido surgió de la boca del joven. Pareció escuchar su propio eco a notable distancia. El tacto frío le penetró el alma misma.

"¿Intentas encantamientos conmigo, Lindores? Eso es arma del pasado. Debes tener algo mejor para intentar. ¿Y estás seguro de quien vas a invocar? Si hay alguien, ¿por qué él iba a ayudarte, si tu nunca lo llamaste?"

Lindores no pudo decir si estas palabras fueron pronunciadas. ¡Fue una comunicación rápida como el pensamiento en su mente! Y se sintió como si algo respondiese por él. "¿Distingue Dios cuando alguien sufre un problema, si él lo ha invocado anteriormente? Yo lo invoco ahora", y en ese momento sintió como propia la siguiente exclamación: "¡Fuera, espíritu maligno! ¡Fuera, muerto y maldito! ¡Fuera, en nombre de Dios!"

Fue arrojado violentamente contra el muro. Una débil risa, apagada, se convirtió en un gruñido que embargó el cuarto. Los viejos tapices se abrieron y se agitaron como por el viento. Lindores apoyó su espalda contra el muro, y todos sus sentidos regresaron. Sintió una gota de sangre en su cuello; y su cuerpo volvió a la normalidad. Por primera vez se sintió amo de sí mismo. A pesar que el hechicero seguía en su lugar, él no volvió a gritar. "¡Mentiroso!" le espetó, con un tono que hizo eco en toda la cámara. "Asiéndote a la vida como un gusano, como un reptil; prometiéndolo todo, no teniendo nada, más que este cuchitril, que desconoce la luz del día. ¿Es este tu poder, esta tu superioridad sobre los hombres que mueren? ¿Es por esto que oprimes a una familia, y haces infeliz su morada? ¡Voto, en nombre de Dios, que tu reinado ha expirado! Tú, y tu secreto ya no seguirán más.

No hubo réplica, pero Lindores sintió los ojos de su terrible ancestro imprimiendo

una vez más su poder mesmérico sobre él, que casi se había impuesto sobre esos poderes. Debía retirar su vista, o perecer. Había experimentado el indecible horror de volverle la espalda; encararlo le había parecido la única seguridad; pero encararlo era vencerlo. Lentamente, con un tormento imposible de describir, logró separar violentamente esos ojos de su vista: pareció como que al quitar su mirada de aquellas cuencas, el corazón le saltaría de su pecho. Resueltamente, con la temeridad de la desesperación, se dio la vuelta hacia el lugar por donde se ingresó (el punto donde no se veía la puerta). Detrás escuchó un paso y sintió la mano que iría a sofocar y ahogar su exhausta vida, pero estaba muy desesperado para prestar atención a ello.

III

¡Qué maravilloso es el crepúsculo del nuevo día antes de la salida del sol! Aún no estaba el cielo rosado, como la aurora de los griegos, que vendría luego con todo su encanto; pero sí se veía maravilloso y como en un ensueño, iluminado por la solemnidad de un nuevo nacimiento. Cuando los ansiosos espectadores ven el primer brillo iluminar el cielo nocturno, ¡qué mezcla de realce y miseria! ¡Significa otro largo día de faena y otra noche triste! Lord Gowrie, sentado sobre el polvo y la telaraña, con su lámpara ardiendo ociosamente entre las azuladas luces de la mañana, había oído la voz de su hijo y luego nada más; esperaba tenerlo de vuelta, tal y como le había sucedido a él mismo, habiendo quedado desmayado, casi muerto, fuera de la puerta mística. Así es como había venido sucediendo a cada heredero, uno tras otro, con el secreto siendo transmitido de padres a hijos. Uno o dos portadores del nombre de Lindores nunca se habían repuesto; la mayoría de ellos habían sido melancólicos de por vida. Él recordaba tristemente la lozanía de vida que nunca había vuelto a tener; las esperanzas nunca realizadas; la confianza que nunca había recobrado. Y ahora su hijo sería como él mismo, sus ambiciones, sus aspiraciones, zozobradas todas. Él no había sido tan dotado como su hijo. Había sido lisa y llanamente, un hombre honesto nada más; pero la vida y la experiencia le habían dado sabiduría, suficiente como para sonreír a veces, ante las coqueterías que Lindores consentía. ¿Se habían acabado todos esos fenómenos de joven inteligencia, aquellos entusiastas de espíritu? La maldición de la casa había caído; el magnetismo de esa extraña presencia, siempre viva, siempre alerta, presente en toda la historia familiar.

Su corazón estaba apenado por su hijo, y, junto con este sentimiento, había una especie de consuelo hacia él, porque a partir de ahora sería socio del secreto, alguien con quien podría hablar del tema, cosa que él no había podido hacer desde que falleciera su propio padre. Casi todas las pugnas mentales con Gowrie habían estado relacionadas con este misterio; y él se había visto obligado a cubrirlo dentro de su seno. Ahora tenía un camarada en este problema. Esto es lo que pensó a lo largo de toda la noche, sentado en el cuarto. ¡Cuán lentamente pasaban los momentos! No se percató de la llegada del nuevo día. Luego de un rato dejó de escuchar. ¿No era ya la hora? Se levantó y comenzó a pasear dentro del pequeño espacio, que no tenía más de dos pasos de extensión. En la pared había un aparador, en el que había algunos restaurativos (escencias picantes, agua fresca) que él mismo había traído. Todo estaba listo; dentro de poco el aterrorizado cuerpo de su hijo, medio muerto, sería puesto a su cuidado.

Pero no fue así como sucedió. Mientra esperaba atento, escuchó el ruido del cierre de una puerta, que se prodigó en apagados ecos a través de toda la casa. El cuerpo de Lindores, aterrorizado y medio muerto, apareció, pero caminando recta y firmemente, con los rasgos de su rostro estirados y los ojos desorbitados. Lord Gowrie pegó un grito.

Estaba más alarmado por este inesperado regreso que por el desmayo que estaba esperando. Retrocedió ante su hijo como si este también fuera un espíritu. "¡Lindores!" gritó, ¿era Lindores o era otro en su lugar? El joven pareció no verle. Caminó derecho hasta donde estaba el agua y tomó un trago, luego se volvió a la puerta. "¡Lindores!" dijo su padre, con mísera ansiedad; "¿No me reconoces?" Recién entonces el joven miró a su padre, y le tendió una mano tan gélida como aquella que lo había tomado en la cámara secreta; una débil sonrisa se le dibujó en el rostro. "No estés aquí," murmuró; "¡vamos, vamos!"

Lord Gowrie tiró del brazo de su hijo, y sintió el terror a través de sus nervios encrispados. A duras penas lo pudo llevar consigo a lo largo del corredor hasta su habitación, tropezando como si estuviera ciego, aunque rápido como flecha. Una vez que ingresaron en el dormitorio, cerró y echó llave a la puerta. Luego de esto, el joven rió y se sentó en la cama. "¿Eso no saldrá de allí, verdad?" preguntó. "Lindores," dijo su padre, "esperaba hallarte inconciente. Estoy casi tan asustado como tú, por encontrarte así, no necesito preguntarte si lo viste..."

"Oh, lo he visto. ¡El viejo mentiroso! ¡Padre, promete desenmascararlo... promete aclarar y limpiar ese maldito escondrijo! Es nuestra propia culpa. ¿Por qué tenemos que dejar que ese lugar quede cerrado a la luz del día? ¿No hay algo en la Biblia acerca de aquellos que odian la luz?"

"¡Lindores! Tú no citas la Biblia a menudo."

"No, supongo que no; pero hay más verdades en... muchas cosas que pensamos."

"Recuéstate," dijo el ansioso padre. "Toma algo de este vino... trata de dormir."

"Llévatelo, no quiero más de ese trago infernal. Háblame, eso será mejor. ¿Tú atravesaste por lo mismo, pobre papá? ¡Tú eres cálido, eres honesto!" clamó. Puso ambas manos sobre su padre, conmoviéndolo. Apoyó su mejilla como un niño sobre el brazo del padre. Sus ojos se llenaron de lágrimas. "Cálido y honesto," repitió. "¡Buen padre! ¿Y tú atravesaste por lo mismo?"

"¡Mi muchacho!" gritó el padre, sintiéndose el corazón henchido y enardecido ante ese hijo que había estado tanto tiempo lejos del hogar y que había estado desarrollando su joven hombría y madurando el intelecto. Lord Gowrie pensaba que su hijo despreciaba su mentalidad simple y su imaginación torpe; pero ese aferrarse infantil lo venció, y las lágrimas también bañaron sus ojos. "Yo me desanimé, supongo. Nunca supe que pasó. Hicieron lo que quisieron de mí. Pero tú, mi bravo muchacho, tu volviste de pie."

Lindores se estremeció. "¡Yo hui!" dijo. "No hay nada honorable en ello; no tuve el valor de enfrentarlo más. Te lo digo, pero quiero saber acerca de lo tuyo."

¡Qué tranquilidad era para el padre poder hablar! Durante años y años esto había estado silenciado en su corazón. Esto lo había convertido en un solitario entre sus mismos amigos.

"Gracias a Dios," dijo, "que puedo hablarlo contigo, Lindores. A menudo me he visto tentado a contarlo a tu madre. Pero, ¿por qué hacerle miserable la vida? Ella sabe que hay algo en la cámara secreta; sabe cuando lo vi, pero no sabe más que eso."

"¿Cuándo lo viste?" Lindores se irguió, regresando a su expresión de terror. Él levantó su puño cerrado, y sacudiendo el aire, exclamó: "¡Demonio vil, cobarde y engañoso!"

"¡Oh, calma, calma, calma Lindores! ¡Dios nos ayude! ¡Qué problemas puedes traer!"

"¡Y Dios me ayude, con cualquier clase de problema que traiga," dijo el joven. "Lo desafié, padre. Un ser maldito como ese no puede ser más poderoso que nosotros, con Dios a nuestras espaldas. Solo quédate conmigo... quédate conmigo..."

"¡Calma, Lindores! No pienses así. ¡Nunca dejarás de escuchar de él en toda tu vida! Él puede hacer que tú pagues por eso, quizás no ahora, pero sí después; cuando tú recuerdes, él está ahí; cualquier cosa que pase, ¡él lo sabe todo! Pero espero que no sea tan malo contigo, como fue conmigo, Dios te ayude si así lo fuera, ya que tu tienes más imaginación e inteligencia. Yo puedo olvidarlo, algunas veces cuando estoy ocupado, en el coto de caza, o en recorrer el campo. Pero tú no eres un cazador, mi pobre muchacho," dijo Lord Gowrie, con una curiosa sensación de culpa. Entonces bajó su voz. "Lindores, esto es lo que ha pasado desde el momento que le di la mano."

"Yo no le di la mano."

"¿No le diste la mano? ¡Dios te bendiga, mi muchacho! ¿Tú te mantuviste firme?" gritó, mientras las lágrimas le brotaban de sus ojos; "y decían... dijeron... pero no se si hay alguna verdad en ello." Lord Gowrie se levantó del lado de su hijo y caminó de un lado para otro con pasos excitados. "¡Si hubiera algo de verdad en ello! Muchos pensaron que era una fantasía. ¡Debería haber algo de cierto, Lindores!"

"¿En qué, padre?"

"Decían que si una vez resistido, su padre se rompe, solo si es rechazado. ¡Tú pudiste mantenerte firme contra él, tú! Perdóname, hijo, espero que Dios me perdone, por haber pensado tan poco de Su Mejor Regalo," exclamó Lord Gowrie, regresando con ojos húmedos; y deteniéndose besó la mano de su hijo. "Pensé que te sentirías más espantado por ser más inteligencia que fuerza," dijo, con humildad, "pensé que podía salvarte de la

prueba, ¡y tú eres el vencedor!"

"¿Soy el vencedor? Me siento como si tuviera todos los huesos rotos, padre, fuera de sus lugares," dijo el joven, en un tono bajo. "Creo que debería dormir."

"Sí, descansa hijo mío. Es lo mejor," dijo el padre, aunque con un poco de desengaño.

Lindores se recostó sobre la almohada. Estaba tan pálido que por momentos el ansioso padre pensaba que en vez de dormido estaría muerto.

La luz del día había ingresado en la habitación, a través de los postigos y cortinas, escarneciendo a la lámpara, que aún ardía sobre la mesa. Parecía un emblema de los desórdenes, mental y material, de aquella extraña noche; y, como tal, afectó la imaginación de Lord Gowrie, que se levantó para apagarla, y cuya mente siguió recordando tal síntoma de conmoción. Una vez que Lindores estuvo profundamente dormido, él se levantó de su lado, y quitó el vino de la mesa, abriendo levemente la ventana como para que el aire fresco ingrese a la recinto. El parque se veía fresco ante los rayos del sol y el gorjeo de los pájaros. Nunca antes Lord Gowrie había mirado la belleza del mundo exterior que le rodeaba sin pensar en la extraña presencia que estaba tan cerca suyo, y que había rehuído por siglos de la luz solar. La Cámara Secreta había estado presente en cada cosa que veía. Nunca había podido verse libre de su embrujo. Se había sentido espiado, rodeado, vigilado, día a día, desde que tenía la edad de Lindores, y eso había sido hacía treinta años. Pero ahora, mientras su hijo dormía, sentía como que todo había terminado. Estaba en sus labios contárselo a su hijo, que ahora había comprendido la herencia de la familia. ¿Apreciaría escucharlo al despertar? Podría ser que no, tal como Lord Gowrie recordaba haber hecho a su vez, acometiendo tras la idea de que podía olvidar todo (hasta que el tiempo le mostró que no se le fue posible olvidar). Él recordaba que, en su momento, no había querido escuchar el relato de su padre. "Lo recuerdo," se dijo a sí mismo, "lo recuerdo," mientras le daba vueltas todo en la cabeza. ¡Si Lindores tan solo quisiera escuchar la historia al despertar! Pero recordar que él mismo, habiendo sido Lord Lindores, no lo quiso, y podía comprender a su hijo, y no podía culparlo. Pero sería decepcionante. Estaba pensando todo eso cuando escuchó la voz de Lindores que lo llamaba. Se reclinó de prisa en la cama. Era extraño verlo en sus ropas de noche con la cara tan cansada, en la fresca luz matinal que ingresaba por cada hendidura. "¿Sabe mi madre?" preguntó Lindores; "¿qué pensará?"

"Ella sabe algo; sabe que tu tendrías que afrontar cierta prueba. Es muy probable que haya estado rezando por ambos; esa es la manera que tienen las mujeres," dijo Lord Gowrie, con la ternura que le viene a la voz del hombre cuando habla acerca de una buena esposa. "Iré con ella para tranquilizarla, y decirle que todo está bien..."

"No, todavía no. Cuéntame antes," dijo el joven, poniendo su mano el brazo de su padre.

¡Qué tranquilidad era! "No fui tan bueno para mi padre," pensó para sí mismo, con súbita penitencia por la culpa tanto tiempo olvidada, y que nunca antes había sentido como culpa. Y contó a su hijo la historia de su vida, como nunca antes había podido sentarse solo sin sentir desde algún rincón de la casa, desde alguna cortina, aquellos ojos sobre sí mismo; y como, en las dificultades de su vida, aquel habitante secreto había estado presente: "Todas las veces que había algo que hacer, cuando había una incógnita entre dos soluciones, en un momento, lo veía conmigo. Sentía cuando venía, esto sin importar en qué lugar estaba, tan pronto había alguna decisión de asuntos familiares; y siempre me persuadía de obrar en modo erróneo, Lindores. Él hace que todo se vea claro; hace que lo equivocado se vea correcto. Si habré obrado mal en mis días..."

"No lo has hecho, padre."

"Sí, lo hice: estos pobres de los highland, que rechacé. No quería hacerlo, Lindores; pero él me demostró que sería mejor para la familia. Y mi pobre hermana que se casó con Tweedside y fue infeliz toda su vida. Esa fue cosa suya, ese matrimonio; él dijo que ella sería rica, y así fue, ¡pobrecita, pobrecita! Y murió así. Y el contrato del viejo MacAllister... ¡Lindores, Lindores! Cada asunto de negocios que había me ponía mal de ánimo. Porque sabía que vendría y que me aconsejaría mal, haciendo luego que me arrepintiera.

"Hay que decidir de antemano, para que, bien o mal, no tomes ninguno de sus consejos."

Lord Gowrie se estremeció. "No soy tan duro como tú, no puedo resistir. Algunas veces me arrepiento y no tomo sus consejos, ¡y luego! Pero por tu madre y por tí, fue que no he dicho adiós a mi vida."

"Padre," dijo Lindores, erguido en la cama. "Nosotros dos podemos hacer muchas cosas juntos. Dame tu palabra de terminar con esta guarida de maldad este mismo día."

"¡Lindores, calma, calma, por el amor de Dios!"

"¡No lo haré por el amor de Dios! Ábrelo, deja que todo aquel que quiera lo vea, pon fin al secreto, tira todo abajo, cortinas, paredes, ¿qué dices? ¿Rociar agua bendita? ¿Te estás riendo de mí?"

"Yo no hablé," dijo el Conde Gowrie, poniéndose muy pálido, y tomando entre sus dos manos el brazo de su hijo. "Calma, hijo, ¿crees que él no te escucha?"

Entonces se oyó una risa cercana a ellos, tan cerca que ambos que sobresaltaron, una risa menos audible que un suspiro.

"¿Tú reíste, padre?"

"No Lindores." Lord Gowrie tenía los ojos fijos. Estaba pálido como la muerte. Su mirada se relajó y se dejó caer débilmente en una silla.

"¿Lo ves?" dijo, "cualquier cosa que hagamos, será lo mismo; estamos bajo su poder."

Y entonces hubo una pausa, de esas en que los hombres desconcertados confrontan situaciones desesperanzadoras. Pero en ese momento, las primeras mociones de la casa (una puerta abierta, un movimiento de pies, unas voces) se hicieron audibles en la quietud de la mañana. Lord Gowrie se puso de pie. "No debemos ser encontrados aquí," dijo; "no debemos mostrar como pasamos la noche. ¡Gracias a Dios todo ha terminado! ¡Ah, mi muchacho, perdóname! Estoy agradecido que ya somos dos; eso alivia la carga, aunque debo pedirte disculpas por hablar así. Te habría salvado si hubiera podido, Lindores."

"No deseo ser salvado, y no cargaré con ese peso, sino que lo terminaré," dijo el joven con un juramento, a lo que su padre dijo: "calma, calma." Con una mirada de terror y dolor, le dejó; hubo un brillo de orgullo en su mente. ¡Qué muchacho bravío era! ¿Serviría para algo ese intento de resistencia, sabiendo que otros intentos anteriores no habían conducido a nada?

"Supongo que ahora sabés todo acerca de ello, Lindores," dijo su amigo Ffarrington, luego del desayuno; "afortunadamente para nosotros, que vamos a visitar la casa. ¡Qué viejo y glorioso lugar es este!"

"Creo que Lindores no disfruta el viejo y glorioso lugar esta mañana," dijo otro de los invitados. "¡Qué pálido se ve! Se ve como si no hubiera dormido."

"Les mostraré todos los rincones en los que he estado," dijo Lindores. Miró a su padre casi con imposición en sus ojos. "Todos ustedes, vengan conmigo. No tendremos más secretos en esta casa."

"¿Te has vuelto loco?" le dijo su padre al oído.

"No importa," gritó el joven. "Oh, confía en mí; procedo con juicio. ¿Están todos listos?" Había una excitación que se contagió rápidamente en el grupo. Todos se levantaron, ansiosos y dubitativos. Su madre se le acercó y le tomó del brazo.

"¡Lindores! No harás nada con vejar a tu padre; no lo hagas infeliz. No conozco sus secretos; pero mira que él ya tiene bastante peso encima."

"Quiero que conozcas nuestros secretos, madre. ¿Por qué tendríamos que tener secretos contigo?"

"¿Por qué, de veras?" dijo ella, con lágrimas en sus ojos. "Pero, Lindores, mi hijo querido, no se lo hagas peor para él."

"Te doy mi palabra, seré prudente," dijo; y ella lo dejó para ir al lado de su padre, quien seguía al grupo, con una mirada ansiosa en su rostro.

"¿Vendrás tu también?" preguntó él.

"¿Yo? No, no iré; pero confía en él, confía en el muchacho, John."

"No podrá hacer nada, no logrará hacer nada," dijo.

Y así los invitados rodearon al dúo (el hijo adelante, excitado y trémulo, y el padre detrás, ansioso y alerta). Comenzaron el paseo por los viejos salones y la galería de retratos de la manera usual; en breve lapso los invitados habían olvidado que habría algo inusual en la inspección. Cuando ya habían recorrido la mitad de la galería, Lindores se detuvo con un aire de curiosidad. "¿Lo has vuelto a colgar?" preguntó. Estaba parado en frente del espacio vacante en donde se suponía tenía que estar el retrato del Conde Robert. "¿Qué es esto?" gritaron todos juntos, amontonándose en torno al joven, listos para maravillarse. Pero no había nada que ver, y los visitantes se rieron entre sí. "Sí, no había nada sugestivo en un hueco vacío," dijo una dama que era parte del grupo. "¿Qué retrato tendría que estar ahí, Lord Lindores?"

Él miró a su padre, que hizo un suave gesto de asentimiento, luego sacudió la cabeza tristemente.

"¿Quién lo puso ahí?" preguntó Lindores, con un susurro.

"No está ahí, pero tú y yo podemos verlo," dijo Lord Gowrie, con un suspiro.

Los visitantes percibieron que algo se habían dicho padre e hijo, y, no obstante, su gran curiosidad, obedecieron los dictados de la cortesía, y se dispersaron en grupos, mirando otros retratos. Lindores apretó los dientes y cerró los puños. La furia crecía dentro de él, no el temor que llenaba la mente de su padre. "Dejaremos el resto para otra ocasión," gritó volviéndose hacia los demás. "Vengan, les mostraré algo más sorprendente ahora." No fingió más que iba a mostrar el resto de la casa sistemáticamente. Pegó la vuelta y comenzó a ir escaleras arriba, llegando al corredor.

"¿Vamos a ver los dormitorios?" preguntó uno. Lindores guió al grupo directo al cuarto de la leña, un extraño lugar para tal feliz partida. Las damas estiraron sus vestidos. No había espacio ni para la mitad de ellos. Aquellos que entraron comenzaron a tocar las extrañas cosas que había por ahí, tocándolas con delicadeza, exclamando lo polvorientas

que estaban. La ventana estaba medio bloqueada por una vieja armadura y toscas armas; pero esto no impedía que la luz del sol ingrese al pequeño recinto. Lindores había entrado con fiera determinación en sus ojos. Fue derecho a la pared, como si creyera que podía atravesarla. Se detuvo con una mirada en blanco. "¿Dónde está la puerta?" dijo.

"Estás olvidándolo," dijo Lord Gowrie, hablando por encima de las cabezas de los demás. "¡Lindores! Lo sabes muy bien, nunca hubo ninguna puerta ahí; la pared es muy gruesa; lo puedes deducir por la profundidad de la ventana. No hay puerta allí."

El joven la palpó con su mano. La pared estaba bastante lisa y cubierta por el polvo de los años. Con un gruñido se retiró. En ese momento una risa contenida, grave y distintiva, sonó en sus oídos. "¿Tú reíste?" preguntó con vehemencia a Ffarrington, que estaba a su lado, poniéndole la mano en su hombro.

"¿Yo, reir? Nada de eso," dijo su amigo, quien se hallaba examinando algo que reposaba sobre una vieja silla tallada. "¡Miren esto! ¡Qué maravillosa espada, con empuñadura en cruz! ¿Es una Andrea? ¿Qué es, Lindores?"

Lindores tomó entre sus manos la inútil arma y se arrojó contra la pared con un juramento. Las otras personas en el cuarto se horrorizaron.

"¡Lindores!" dijo su padre, en tono de advertencia. El joven dejó caer la espada con un gruñido. "¡Entonces, que Dios nos asista!" dijo; "encontraré otro camino."

"Hay un muy interesante cuarto contiguo a este," dijo Lord Gowrie, apresuradamente. "¡Por aquí! Lindores pasó por aquí y algunos cambios fueron hechos sin su conocimiento," dijo, con mucha calma. "No deben hacerle caso. Está desconcertado. Quizás está muy acostumbrado a hacerse su propio camino."

Pero Lord Gowrie sabía que nadie le creía. Los llevó al cuarto siguiente y les contó una simple historia de una aparición que supuestamente encantaba el lugar. "¿Lo han visto alguna vez?" inquirió un invitado, pretendiendo cierto interés. "No yo, pero nosotros no creemos en fantasmas," respondió, con una sonrisa. Y así reanudaron la visita a la vieja y mística casa.

No puedo decir al lector que hizo el joven Lindores para llevar a cabo su promesa y redimir a su familia. Esto, tal vez, no llegue a ser conocido hasta la siguiente generación y no será mía la tarea de escribir ese concluyente capítulo. Pero, a la sazón del tiempo que fue narrado, nadie puede decir que el misterio del Castillo Gowrie haya sido un horror vulgar, a pesar que hay quienes están dispuestos a afirmar tal cosa.